

El Colegio Nacional de Buenos Aires y las vicisitudes de la educación humanista

Autoridades, profesores, padres, familiares, queridos compañeros:

La redacción de un discurso siempre implica ciertas precauciones que conviene atender. Hay una línea muy sutil entre el carisma y la demagogia, la crítica y el panfletarismo, entre el estilo elegante y la pretensión excesiva, en fin, entre el aplauso y el bochorno.

La pregunta fundamental que dicta estas reflexiones puede parecer obvia y aun así hay que plantearla: qué decir y cómo decirlo.

Quizás el principal obstáculo sea la evasión de los lugares comunes. Al consultar la literatura previa del género, todos los ejemplos oscilan entre los siguientes pecados y desmesuras: el fárrago empalagoso de anécdotas, la crítica política impertinente, la nostalgia y el pintoresquismo, el avivamiento de rencores, la referencia al famoso e infame elitismo, la profusión de citas librescas, la reflexión sobre lo que debe ser un discurso, y así hasta la náusea. Mézclense todos estos elementos en una alquimia barroca y se tendrá un discurso aceptable. Claro está que, desterrado todo este catálogo de torpezas juveniles, ya no queda discurso de

entrega de diplomas...

Para evitar todos estos pantanos limítrofes, la única alternativa parece consistir en una reflexión puntual, acotada, y con alguna pretensión de verdad, sobre este colegio. Al hacer esa reflexión, se corre un doble riesgo: por buscar un cierto grado de generalidad abarcativa, se puede caer en una especulación sobre las esencias, sobre el espíritu del Colegio; y, simétricamente, por evitar esta generalidad vacía, se puede caer en un diagnóstico pedestre y noticioso "del diario del lunes".

Es inútil preguntarse ---con intención metafísica-- sobre el sentido de haberse educado en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Hacerlo sería caer en un esencialismo. La pregunta por el sentido admite, en todo caso, una respuesta individual e irreductible. Sin embargo, hay efectivamente una idea del Colegio como proyecto, y es esta idea en la que consideramos que hay que detenerse.

La idea nuclear del Colegio es una concepción particular de la educación. De la educación como formación generalista, amplia, eminentemente humanista. Una educación lo suficientemente general, que presente un repertorio lo más amplio posible de todas las ramas del saber y, en consecuencia, de todas las posibilidades de realización humana. Así, la educación opera

ampliando disposiciones, activando capacidades, develando nuevos espacios para el desarrollo cabal de las facultades del individuo. No se trata de un proceso terso y armonioso sino muchas veces tortuoso y trágico, a través de geografías poco amables, marcado por la duda y las vacilaciones juveniles. Tampoco es un proceso veloz, sino uno lento y moroso. El filósofo d'Holbach decía que la educación es la agricultura del espíritu. Si le creemos, los frutos han de cosecharse mucho después. Contra la tendencia imperante en esta "época folletinesca", la educación humanista prefiere los placeres a largo plazo. ¡No por nada estamos aquí nada menos que dos años después de nuestro egreso de esta institución! De este modo, los esfuerzos del estudio se ven, finalmente, justificados por la apertura de nuevas capacidades y por el surgimiento, al final, de un individuo más consciente de sus propios intereses, más dueño de sí mismo, en fin, más libre de elegir entre distintos proyectos de vida. Si el Colegio no nos ha enseñado lo suficiente, al menos nos ha avisado contra el riesgo de creer saberlo todo y nos ha dado una justa dimensión de nuestra ignorancia y algunas herramientas para administrarla.

Esta es una idea típica de la Ilustración, con todas las críticas que se le pueden formular a ésta y al proyecto moderno en general. Sin embargo, el ideal permanece, si no como una panacea ingenua, sí como aquello a lo que podemos

aspirar, dentro de sus limitaciones. No hay que confundir "humanismo" con "enciclopedismo". El enciclopedismo es una caricatura del humanismo, propio de las instituciones esclerosadas. Enciclopedismo significa educación memorística, estéril, ejercicios de copia y dictado. La confusión de estos dos conceptos es un error de consecuencias nefastas.

Por más altisonante que parezca, esta idea de formación humanista es ---o debería ser-- no un ideal sino la función de cualquier institución de educación secundaria.

Pero los ideales rara vez guardan correspondencia con la "cruda" realidad. Y la idea ---algo estilizada-- de este colegio peligra en razón de un catálogo de amenazas. Sólo entendiendo el ideal se pueden entender las amenazas que lo pervierten. Éstas son cuatro (dos puntos):

1) Primero, la sustitución del universalismo por un nuevo tipo de provincialismo.

No sólo por sus ideales fundadores sino por un hecho tan sencillo como por su ubicación geográfica, el Colegio tiene un afán universalista. Para venir hasta acá, los ingenuos jóvenes de doce años tienen que abandonar el barrio y el peso tantas veces adverso de las tradiciones familiares para entrar en contacto con alumnos de realidades sociales diversas, heterogéneas. El ideal de la educación pública es un ideal

igualitario: no de igualación militar sino de enriquecimiento recíproco en la diversidad. Sin embargo, sabemos que el estrato social del cual provienen los alumnos se estrecha cada vez más, a lo cual contribuyen las cuotas altísimas de las "academias de ingreso".

Pero el provincialismo también se genera dentro de la institución. Paradójicamente, las agrupaciones políticas con afán "igualitario" generan un espacio de clausura y siguen, aun sin saberlo, representando las ideas de la vieja izquierda vanguardista, autoritaria y paternalista. Es calamitoso que la primera generación democrática no crea en la democracia, desdeñe sus garantías y la desprecie con el mote anacrónico de "burguesa". Al mismo tiempo, la mayoría del estudiantado incurre en una preocupante apatía política: síntoma nihilista y posmoderno.

2) Segundo, la sustitución de la política por la politización.

La relación del Colegio ---y de la Universidad en general-- con la política siempre ha sido estrecha. Deodoro Roca, líder de la Reforma Universitaria escribió:

«"Reforma universitaria" es lo mismo que "reforma social".[...] Eso es la Reforma: enlace vital de lo universitario con lo político, camino y peripecia dramática de la juventud continental, que conducen a un

nuevo orden social. [...] El "puro" universitario ---se dan todavía algunos, mediocres y canijos--, es una cosa monstruosa.»

La presencia de la política es positiva, en tanto enseña a los estudiantes que el conflicto no es una anomalía sino que es algo inherente a la vida social en general y los dota de las armas de la crítica a una edad temprana. Sin embargo, la intrusión de partidos políticos de nivel nacional en el Colegio hace que penetren intereses ajenos a las cuestiones específicamente estudiantiles, dificultando la formación de objetivos claros y concretos que redunden en un beneficio tangible para todos los estudiantes. Se sigue discutiendo más en términos de conceptos fetiches y vagos que de líneas de acción concretas con objetivos acotados y precisos. En otras palabras, las consignas claras son reemplazadas por un consignismo vacío e hipertrofiado, en un afán por darle un carácter universal a las luchas domésticas que, sin embargo, descuida a éstas últimas. Si la crítica y el pensamiento son reemplazadas por el dogmatismo de las doctrinas, no hay política sino politización.

3) Tercero, la inoperancia de las autoridades.

Y, sin embargo, la politización se extiende al ámbito de las autoridades y docentes. Los defectos de este lado son tanto peores, en tanto que se trata de quienes deberían

ser los referentes morales de una generación que no tiene referentes. Desde hace aproximadamente dos años, el Colegio viene atravesando una situación política convulsa. Renuncia de autoridades, amenazas inciviles, disputas mezquinas entre facciones del claustro docente, exoneración de profesores sin razón aparente, dimisión de profesores intachables, etc. constituyen el variado repertorio de sinsabores al que parece que nos hemos acostumbrado: mala señal. El correlato de esta lucha mezquina es la decadencia intelectual, cuyo hecho más vistoso fue la titularización masiva de todos los docentes interinos con una antigüedad mayor a cinco años, cuando todos sabemos que desde hace mucho que sistemáticamente se evitan o boicotean los concursos. Así se desemboca en la mediocridad legalizada: la mediocracia. Por lo demás, la ausencia de credenciales académicas, los ascensos meteóricos, la mentira como norma, el caudillismo, la politiquería y una falta de entereza moral que se trasluce en el trato diario son otras taras que muerden la vida cotidiana en el Colegio. Pareciera olvidarse con demasiada frecuencia que la única virtud dentro de las aulas es la probidad intelectual. Dicho de otro modo, en los buenos colegios y las buenas universidades, nadie quiere ocupar cargos directivos; los buenos profesores quieren hacer lo que mejor saben hacer: investigar y enseñar.

4) Cuarto, la sustitución de la innovación por la tradición.

El Colegio se fundó con un espíritu de innovación, como un proyecto educativo de vanguardia. Lejos de irradiar su proyecto en su carácter de instituto modelo [---a pesar de la fundación del Colegio Nacional de Usuahia, siempre recordado por el anterior rector--], el Colegio recibe hoy los embates de la decadencia generalizada de la educación pública, académicos, morales y físicos: ¡basta con observar los andamios que nos "prestó" San Ignacio! La consecuencia es una retirada hacia la tradición, tan onerosa y rígida, que se constituye como un chaleco de fuerza que anula toda posibilidad de innovación creadora. La vanguardia se ha convertido en retaguardia.

El diagnóstico precedente puede parecer poco amable. Pero estas amenazas son señales de alarma de un panorama convulso del que dan cuenta incluso los diarios. Nuestra crítica obedece a la certeza de que sólo mediante un diagnóstico adecuado se puede cambiar la realidad. Sentimos un profundo agradecimiento por todas las personas que aquí nos han educado, a las que están, y a quienes ya no están más. Sabemos que este es un llamado de atención que podría calificarse de "excesivo", pero es así porque tenemos la convicción de que, gatillando la reflexión, pueden generarse cambios que sean para el bien de esta institución a la que tanto le debemos.

La tarea irrenunciable de hoy consiste, entonces, en rehabilitar el ideal traicionado del Colegio Nacional de Buenos Aires. Innovar sin perder el eje. Es cierto: desde que nos fuimos, para bien o para mal, el Colegio ya es otro. Y, sin embargo, sería deseable que estuviéramos comprometidos con el decurso de la institución que, con sus grandezas y sus miserias, nos formó, quizás más que ninguna otra, como personas cabales e íntegras.

Muchas gracias.-
